

## TRABAJAR POR AMOR AL ARTE

*Sagrario Martínez Berriel*

*árbol a contemplar el cielo a través de los dedos del pie, sino que todo el mundo trabaja; tampoco debe engañar nadie al estómago con idealizaciones, si quiere ser de provecho, más bien tiene que comer chuletas y moverse. Es exactamente como si la vieja e inepta humanidad se hubiera dormido sobre un hormiguero, y la nueva se encontrara al despertarse con las hormigas en la sangre; desde entonces se ve, por eso, obligada a realizar las extorsiones más violentas sin conseguir aplacar la frenética comezón de la laboriosidad animal.*

R. MUSIL, *El hombre sin atributos*

### EL TRABAJO: UNA MERCANCÍA ESCASA

La tendencia del sistema productivo a la automatización plena está produciendo efectos nada deseables, como la desocupación y la descualificación de la mayoría de los puestos de trabajo, excepto para una minoría supercualificada y cotizada que tiene que trabajar el doble. Estos procesos en sí mismos conflictivos, se ven agravados por la frustración que para las nuevas generaciones entrañan ya que en vano han mejorado su nivel educativo con la intención de lograr un empleo más interesante que un simple *modus vivendi*. Además, la «inteligencia» de las máquinas, está contribuyendo a intensificar el control patronal de los empleados y a empobrecer el contenido del trabajo, lo que redundará en formas de absentismo y resistencia obrera (Castillo y Prieto, 1983).

La crisis del trabajo tradicional ha hecho proliferar diversas fórmulas alternativas en el ámbito de la economía formal e informal como la descentralización productiva, la reducción de las jornadas laborales, o la conversión de habilidades

e inquietudes en formas de trabajo por cuenta propia. La vuelta al autoabastecimiento, el trabajo doméstico y a las ventajas de lo pequeño y personal, son algunas de las propuestas que están adquiriendo más auge (Handy, 1986). Como el trabajo se prevé cada vez más escaso y carente de creatividad, la única sugerencia posible es aprender a gozar de la pereza sin culpa, y ampliar nuestra educación para ser permeables y adaptables a las fluctuaciones del mercado y a los cambios de la tecnología; admitiendo de cualquier modo, que no debemos dar sentido a nuestra vida a través del empleo.

Los recientes cambios en la organización y significación social del trabajo han sido interpretados de forma contradictoria. En un sentido, como mecanismo de defensa del capitalismo, dadas las ventajas que las nuevas tecnologías permiten a escala reducida. En otro, como tentativa contracultural de escapar a la economía de mercado creando espacios alternativos en los que sea posible la creatividad. Salvando las diferencias, ambos planteamientos coinciden en reconocer que el origen de estos cambios está en la crisis de las grandes organizaciones y sistemas sociales (Bagnasco, 1981).

Los nuevos planes económicos debilitan el poder de la burocracia en favor de la flexibilidad profesional. Anuncian el fin de la estabilidad laboral y la reducción de las prestaciones sociales. Sin embargo, olvidan que la asimilación de estos cambios por la organización social no sólo no es inmediata, sino que es muy conflictiva. En este sentido son muchos los interrogantes no resueltos que depara el destino del trabajo: Cómo lograr la adaptación al nuevo orden económico tras haber perdido las habilidades, conocimientos y condiciones de vida anteriores a la especialización, cuando la autosuficiencia era posible, pero sobre todo obligada, y cuando la expresión artística era espontánea. Cómo aprender a vivir por cuenta propia reconstruyendo la economía doméstica y la solidaridad vecinal. Cómo calmar nuestros ilimitados deseos de consumo y volver a ser artistas-artesanos de nuestra vida, después de estar acostumbrados a compararlo todo, o casi todo. Después de tantos años convencidos y para convencernos de que el trabajo no es un castigo sino un valor central del individuo. Después de una educación que ha primado el pensamiento abstracto sobre el concreto, y lo intelectual sobre lo manual. Después de haber aprendido a gozar pasivamente, viendo como otros hacen deporte, música, o teatro.

El proceso de cambio en que estamos inmersos, podría calificarse como la inversión de lo que Weber llamó racionalización. Si fue lento y violento convencer a los campesinos de que el tiempo era oro, y que valía la pena trabajar para otros y no solo para cubrir las necesidades, no va a resultar ahora más simple aprender a ser productivos siendo nuestros propios patrones.

Weber explicó el surgimiento de la mentalidad en favor de la entrega abnegada al trabajo a partir de la ética puritana. Señaló también que esta práctica ascética genera riqueza y que con ella, se hace insostenible tal ideal religioso. Que el dinero corrompe, y que el ansia de poseer es desmedida no es una opinión exclusiva del sociólogo alemán, es un tema clásico de la literatura y del

pensamiento occidental. Pero qué ocurrirá ahora con el fin del culto al trabajo como mercancía, ¿dará comienzo a un nuevo ascetismo? ¿Se convertirá entonces el trabajo, en un medio de expresión e identificación del individuo; en una actividad voluntaria, no netamente diferenciada del ocio, de igual modo que ocurre con ciertas actividades «arcaicas» no sujetas a la innovación tecnológica ni directamente productivas? Así ocurre con el conocimiento puro, especulativo, sin aplicación práctica y con el arte, «inútil» en su esencia, aunque no innecesario.

Las peculiaridades de la organización del trabajo artístico y las actitudes de los artistas hacia su oficio son ejemplos de lo que podría ser el trabajo entendido como un recurso inagotable de conocimiento y expresión. Elegido como una causa, no exenta de esfuerzo, que exige entrega y pasión, que se hace con o sin remuneración, y que cada día sugiere nuevas dificultades.

## EL TRABAJO DE LOS ARTISTAS

En el extenso y variable universo de las ocupaciones, se consideran profesiones ciertas actividades legalmente reconocidas a las que se atribuye un rango superior. Este rango obedece principalmente a la utilidad social, al fundamento en un cuerpo teórico y al largo aprendizaje predominantemente intelectual. Los títulos, los colegios profesionales, la dedicación plena, y la atención a los clientes marcan una clara línea divisoria entre los profesionales y los artistas, a imagen y semejanza de la existente entre ciencia y arte. La separación no elimina, por supuesto, mutuas dependencias, pero ha sido cada vez más acusada en la medida en que ha prosperado la salarización y sumisión del ejercicio profesional a las grandes organizaciones formales, con los inevitables «vicios» del puesto fijo, la rutina y el inmovilismo.

Las actividades artísticas han permanecido en gran medida fuera del modelo profesional porque el artista debe revalidar día a día su condición ante el público. Esta incertidumbre deriva de que su actividad, a diferencia de la de otros profesionales carece de «licencia». En este sentido, no hay controles formales sobre la formación y el ejercicio del arte, ni defensa corporativa contra el «intrusismo». El artista está a expensas del público, cuyo juicio es más anónimo e incontrolado que el de los clientes respecto a los profesionales.

La libre competencia de la actividad artística se fundamenta en el convencimiento de que el artista nace y no se hace. Por eso, tal vez, es una máxima de su educación: «haz lo que sientes, y siente lo que haces». Se fundamenta también en la consideración mística del arte, entendido como creación sublime que escapa a sus artífices e incluso al tiempo y espacio en que se crea, y al hecho de que se trata mas bien de una habilidad artesanal -aunque no exenta de trabajo intelectual- que de una disciplina científica.

La concepción religiosa del trabajo que encierra el término *profesión* permanece casi intacta entre los artistas que viven alejados del concepto de productividad

reglamentada y entregados, en cambio, como auténticos ascetas, a la eternidad de su arte, cuya práctica no tiene fin.

Los conservatorios, escuelas y facultades de arte no capacitan a sus titulados como artistas ni garantizan el reconocimiento social. Se puede ser artista y no pisar una escuela de arte, pero nunca médico, abogado o arquitecto, legalmente, sin cursar las respectivas carreras universitarias. La desigual capacitación legitima el escaso reconocimiento público de la profesión -a excepción de los «famosos». En consecuencia, la sociedad demanda especialistas para la salud, la justicia y la paz, pero no para el arte, que sigue -a pesar de los esfuerzos de los artistas- sin ser considerado una necesidad, sino un placer, salvo algunas tentativas muy limitadas y sin reconocimiento oficial en el ámbito terapéutico o pedagógico. Por todo ello, el artista en cierto modo se puede permitir el lujo de ser la antítesis del profesional: su trabajo tiene grandes dosis de negación de la racionalidad, respetabilidad y sentido práctico. Su función en la sociedad moderna es de víctima propiciatoria. «Lo necesitamos de dos maneras: como valioso símbolo de la libertad y como ejemplo cómodo de inconformismo». (Mitchell, 1972 p.59).

La definición social del arte como lujo innecesario está tanto en la base de la valoración y funcionalidad del artista, como en la resistencia a profesionalizar esta actividad. Si el arte no responde a razones de utilidad, difícilmente su práctica puede tener una finalidad socialmente reconocida. Por este motivo, la actividad artística no constituye, salvo para una minoría, una dedicación a tiempo pleno, sino una ocupación generalmente no remunerada, o en todo caso, de la que no es posible obtener unos ingresos estables. Quienes sí logran vivir de su arte, se mueven entre dos opciones «aprofesionales», o explotan las oportunidades de vivir de la venta de su producto en algún mercado, o logran ser patrocinados por el mecenazgo privado o del estado (Parsons, 1976 p.540).

## EL AMOR POR LA MÚSICA

La actitud de los músicos hacia la música ilustra muy bien lo que significa entender el trabajo como lo más importante en la vida, como una oportunidad de conocerse a sí mismo y de relacionarse con los demás. Los comentarios que aquí suscribo acerca de como los músicos -nacionales, locales y extranjeros- entienden su oficio, se deben a una larga investigación realizada en Las Palmas sobre la profesión y la vida musical clásica en la ciudad. En las conversaciones que mantuve con ellos encontré la idea recurrente de que el arte es necesario para la formación íntegra de la persona, para tener sentimientos nobles y sensibilidad. Pero también y por extensión lo consideran necesario para el desarrollo armónico de la humanidad. Es sorprendente que para ellos tenga vigencia este convencimiento que ya se encuentra en el pensamiento clásico y que hagan comentarios como: «cuantas más tecnologías hay más hacemos falta los artistas, para recordar los sentimientos, el amor y todo lo que no dan las máquinas».

Otro aspecto coligado con la actitud mística y metafísica precedente es la fuerte cohesión que tienen en cuanto a la idea de la música como una opción de vida. Tal actitud se aprende, se siente, y se transmite desde el primer contacto con el medio musical. Las personas (músicos y amantes de la música), los instrumentos, y las instituciones que hacen realidad la música, especialmente la familia -ya que estamos ante un oficio de intensa transmisión hereditaria- enseñan y son medios para comunicar sensaciones, sentimientos e ideas que sólo pueden sugerirse a través de los sonidos musicales. La técnica está siempre supeditada a este objetivo.

El lenguaje propio e internacional de este arte y la profesión cosmopolita e itinerante de los músicos en cuanto a sus carreras de trabajo y estudio conforman un universo muy propio en el que se vive la música como una profesión total, una razón para vivir y por la que vivir, «un camino formado por pequeñas piedras que no lleva a ninguna parte, pero que disfrutas recorriéndolo».

La identificación entre trabajo y vida tiene su explicación en que el ejercicio artístico es una búsqueda introspectiva de alcanzar «la única mejor manera» pero de cada cual y un esfuerzo por descubrir lo que cada uno puede dar de sí. El hacer música permite además una vida compartida por el desinteresado amor al arte, de ahí la estrecha relación familiar y afectiva que se da en este ambiente, en marcado contraste con la enorme pluralidad cultural y geográfica de quienes lo conforman.

De la significación que para los músicos tiene su trabajo se puede sacar la conclusión de que la relación satisfactoria con el trabajo, no excluye el sacrificio ni la disciplina, ni el irremediable aburrimiento de toda habilidad lograda por repetición. Ningún esfuerzo, por monótono que sea se vive negativamente, cuando se trata de un compromiso sentimental elegido y deseado.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAGNASCO, A. «La cuestión de la economía informal». *Sociología del trabajo*, 9 (1983), p. 9-34.

CASTILLO, J.J.; PRIETO, C. *Condiciones de trabajo*. Centro de Investigaciones sociológicas, 1983.

CHERNS, A. «El trabajo y los valores: cambios en las sociedades industriales». *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, vol. XXXII, núm.3 (1980), p. 467-483.

FREIDSON, E. «Les professions artistiques comme défi à l'analyse sociologique». *Revue française de Sociologie*, vol. XXVII, 3 (1986), p. 431-443.

HANDY, Ch. *El futuro del trabajo humano*. Barcelona: Ariel, 1986.

MARTÍN MORENO, J.; de MIGUEL, A. *Sociología de las profesiones*. Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas, 1982.

MARTÍNEZ BERRIEL, S. *La armonía y el ritmo de una ciudad: afición, profesión y vida musical en Las Palmas de Gran Canaria*. Madrid: Tesis Doctoral, Universidad Complutense, 1991.

MITCHELL, D. *El lenguaje de la música moderna*. Barcelona: Lumen, 1972.

PARSONS, T. «Profesiones liberales». En: *Enciclopedia de Ciencias Sociales*. Madrid: Aguilar, 1975, p. 538-546.

PRANDSTRALLER, G.P. *Sociologia delle professioni*. Roma: Città Nuova, 1980.

WEBER, M. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península, 1969.